

Feminismo y Espiritualidad: El papel de la Biblia en la Espiritualidad de la Mujer

Dorothy Lee Pollard

Introducción: La mujer junto al pozo

En el capítulo cuarto del evangelio de San Juan, el evangelista cuenta la historia del encuentro de Jesús con la mujer samaritana en el pozo de Jacob (Jn. 4,1-42). Jesús está cansado y sediento. Es mediodía y ha estado viajando todo la mañana. Le pide a la mujer un trago (v7), tan sólo una simple petición, pero que viola las barreras culturales de género y raza.

Cuando la mujer exclama sorprendida (v 9), Jesús se centra abruptamente en la pregunta y él mismo ofrece de beber a la mujer (v 10). Aunque escéptica, ella intenta comprender el significado del ofrecimiento del agua de Jesús, poniéndolo en el contexto de su propia experiencia. La mujer comienza su búsqueda de comprensión apelando a sus tradiciones y experiencia religiosa cultural (v12).

Tiene dificultad para percibir la naturaleza simbólica y espiritual del agua ofrecida por Jesús. Para ella es un regalo físico y aun no puede ver cómo se relaciona con la revelación de Jesús y el don del Espíritu (v 15). Jesús señala

el significado simbólico dirigiéndolo a la experiencia vital de la mujer (v 16-18). El le revela no su insuficiencia moral, sino su profunda sed por la vida, que la conduce de una supuesta satisfacción a otra, sin dejar que alcance el cumplimiento final hasta que encuentre el agua de la vida.

No es en la relación sexual con hombres donde va a encontrar el significado de su vida, sino en una relación renovada con Dios por medio de Jesús. La mujer contesta no con evasión, como se piensa a menudo, sino con profunda aceptación e introspección. Ella ve en seguida que el autoconocimiento que Jesús le ofrece es profundamente espiritual.

Ella percibe también que el problema real, en términos de su propia espiritualidad, es el del culto a Dios (v 20) Aquí la mujer no evita los temas dolorosos de su vida, sino que busca el lugar en su propia experiencia donde el autoconocimiento y el conocimiento de Dios se encuentran.

Este es el punto donde empieza la verdadera espiritualidad para Juan: es el momento cuando el auténtico amor a sí mismo comienza a emerger haciendo surgir y provocando la adoración de Dios.

En el resto de la conversación, la mujer busca a tientas una forma de comprender más profundamente el papel de Jesús en la Revelación de Dios (vv 21-26). Cuando logra una comprensión suficiente corre al pueblo y comparte con ellos su fe. (vv 28-30). Deja atrás su jarra de agua porque ahora es irrelevante para su propósito. Ahora sabe, en el más profundo nivel, que el regalo de Jesús es un regalo del corazón. En esta acción ella admite su sed por la vida y su reconocimiento de Jesús como el dador de la vida.

Mientras tanto, los discípulos regresaron y se sintieron ofendidos por la violación de los límites de género. (v 27). De ahora en adelante, está claro que ellos no entendieron nada de lo que ha ocurrido. Por otro lado, la mujer comprende a ambos y comparte la misión de Jesús. Ella va al pueblo con el papel de apóstol y comparte con Jesús "la cosecha" de samaritanos, a través de su testimonio evangélico (vv 39-42).

Permanece un notorio contraste con los discípulos que, por medio de la incompreensión y el prejuicio, no juegan ningún papel en la cosecha apostólica (vv 31-38).

El conocimiento de sí mismo y la introspección espiritual han conducido a la mujer de una vaciedad interior a una profunda espiritualidad y entusiasmo desbordante por la misión del Evangelio.

Biblia y espiritualidad de la mujer

Esta lectura de la narración del encuentro de Jesús con la samaritana se refiere directamente a la contribución a la espiritualidad de ideas feministas teológicas y bíblicas. En particular señala una relectura feminista de la Biblia desde un punto de vista que, implícita o explícitamente, desafía las lecturas androcéntricas del texto.

El debate hermenéutico en las últimas décadas ha mostrado que no hay una lectura imparcial de la Biblia. No hay una forma pura de objetividad a la cual pueda apelar el lector del texto. Al contrario, según una estudiosa del N.T., la subjetividad autoconsciente juega un papel importante y creativo en la exégesis bíblica.

Este es un punto importante para la espiritualidad que, al leer la Biblia intuitiva y simbólicamente, introduce la narración en un nivel subjetivo como parte de la experiencia de oración.

Las lecturas feministas de la Biblia comienzan con una “hermenéutica de la sospecha”. Esto significa que como mujer leo la biblia con ojos centrados en la mujer, buscando la Palabra de Dios en el texto y discerniendo críticamente al Espíritu en mi camino de fe. Esto tiene dimensiones positivas y negativas.

Primero, significa que encuentro ciertos textos como irremediabilmente patriarcales y en detrimento de la espiritualidad de la mujer. En estos textos, percibo que el espíritu del evangelio cuando no es silenciado, es distorsionado, textos en los cuales se sacraliza una espiritualidad de servilismo:

“Las mujeres hoy tienen el derecho a... rechazar pasajes que son hostiles a ellas, reinterpretarlos porque violan su status como hijas de Dios”. (MOLTMANN-WENDEL, Elisabeth: “A land flowing with milk and honey. Perspectives on feminist theology”, London, 1986, p. 200)

Segundo, significa que leo mi propia espiritualidad como mujer en textos donde yo y mi experiencia vital son invisibles. Un ejemplo de esto es la manera como Rosemary Redford Ruether reinterpreta las “tradiciones profético-liberadoras” de los profetas respecto a la mujer y sus experiencias de estructuras patriarcales de opresión.

Tercero, significa que descubro un gran número de pasajes, como la historia de la samaritana, que hablan al corazón de mi espiritualidad como mujer.

Textos como éstos han sido marginados e interpretados de forma androcéntrica y misoginista. (Ver la descripción de Calvino sobre la samaritana como una “pícaro y prostituta” y la referencia de Raymond Brown hacia ella como “afectada y esquivia”). Tales comentarios debo apartarlos de mi experiencia religiosa como mujer.

Esta aproximación al texto ofrece nuevas prioridades en la forma de interpretar la Biblia. Toma en serio y estima positivamente la perspectiva desde la cual leo el texto como mujer. Para algunos, esto parecerá como si las feministas estuvieran subvirtiendo la Escritura desde una perspectiva ideológica que enfatiza poco críticamente la espiritualidad de la mujer. Una ideología de este tipo es, sin embargo, una distorsión opresiva de la mujer.

Lo que el feminismo dice es que, dado que es imposible leer la Biblia sin una perspectiva de algún tipo, es legítimo que las mujeres leamos de nuevo la Biblia desde la perspectiva de nuestra propia espiritualidad. En sí misma, esta no es una idea nueva. Las madres y padres espirituales de la Iglesia, cualquiera que sea su tradición, han reconocido generalmente la necesidad de tomar en serio la experiencia de vida de los individuos en la meditación y oración.

Una espiritualidad feminista llama la atención sobre la manera cómo los líderes y directores espirituales no han tomado en serio la singularidad de la experiencia de la mujer, aun en aquellos aspectos donde no han sido misoginistas. Ampliaré este punto más adelante.

La teología feminista argumenta que detrás de muchas corrientes de espiritualidad permanece una ideología dualista que separa el alma del cuerpo, el espíritu de la materia, lo humano de la naturaleza, lo masculino de lo femenino. Estas categorías no sólo han sido dicotomizadas, sino también puestas en una relación jerárquica entre ellas. En cada caso, la primera es superior y dominante de la segunda. Así se crea un nexo cuerpo-materia-naturaleza-femenino, de una estructura jerárquica inferior al alma-espíritu-humano-masculino.

A causa del dualismo que impregna nuestra tradición teológica occidental, las mujeres han sufrido los efectos negativos de una teología agustiniana del pecado. Hemos heredado, como mujeres, un sentido de la vergüenza asociado a nuestros cuerpos y nuestra sexualidad, confirmado por la Iglesia que continúa excluyéndonos de la participación plena en el ministerio.

Aunque hay elementos de este pensamiento dualista en la Escritura, sin embargo tales elementos son extraños a la mentalidad hebrea.

La Biblia es innegablemente androcéntrica y patriarcal en muchos aspectos, pero (a pesar de muchos de sus posteriores intérpretes) generalmente se resiste a un dualismoabierto. Según los teólogos feministas, este dualismo permanece y es la raíz de la opresión y baja autoestima de la mujer. La espiritualidad feminista arranca, por lo tanto, de esta sensibilidad aguda frente a los efectos negativos de un pensamiento dualista en nuestra experiencia de lo divino. Cuando nos aproximamos a la Biblia, en el contexto de la oración, venimos como mujeres que aspiran encontrar un profundo sentido de aceptación y autocomprensión ante Dios. Venimos anhelando resolver la ruptura entre lo propio y lo ajeno en la espiritualidad cristiana y encontrar en la Palabra de Dios una espiritualidad que reemplace el dualismo por la reconciliación y reciprocidad que es el corazón de la Trinidad.

Para conseguir esto, necesitamos recuperar una teología bíblica que afirme que somos creadas a imagen divina, en sociedad con los hombres (Gén. 1,26-27) y redimidas y bautizadas en Cristo (Gal. 3, 27-28). Sólo una lectura de la Biblia orante y que discierne, puede capacitarnos como mujeres hechas a imagen de Dios y re-creadas a imagen de Cristo. No estoy hablando aquí a un nivel ideológico. Es la pregunta del sufrimiento de tantas mujeres que, educadas en este dualismo, han aprendido a infravalorar su misma personalidad, cuerpo y alma, que Dios estima y ama. Una espiritualidad, desde la perspectiva feminista, empieza por la afirmación global de la mujer como persona: su corazón, su mente y su cuerpo.

Al mismo tiempo, una espiritualidad feminista no necesita y, por supuesto, no debe ser reivindicativa de la mujer, sin sentido crítico. La dimensión desafiante del Evangelio es tan necesaria para nosotras, en nuestra experiencia, como lo es para el hombre. La Biblia usa el lenguaje del juicio para describir esta dimensión, a menudo incomprensida.

El juicio es fundamentalmente la valoración graciosa y amorosa de Dios que desafía y purifica el corazón a través de la oración. Hombres y mujeres por igual necesitamos oír, con los oídos de la fe, la palabra de Dios que es viva, enérgica y más tajante que una espada de doble filo, pues penetra hasta la unión de alma y espíritu, de órganos y médula (Heb. 4,12).

Sin embargo, las teólogas feministas son claras en que el desafío del Evangelio hacia la mujer no es necesariamente el mismo que para el hombre.

Una comprensión teológica femenina del pecado no habla mucho acerca del orgullo, autoafirmación o necesidad de autonegación, sino más bien del pecado de autodesconfianza o timidez y de la necesidad de una fuerte y amorosa estima de sí misma ante Dios y ante los demás. Una relectura feminista crítica de la Biblia puede abrir la Biblia a nuestra experiencia como mujer, y devolverle su función como Palabra de Dios para nosotras, de un modo fresco y vital, capaz de nutrir nuestra fe y nuestra única experiencia de Dios afirmándonos y desafiándonos.

La historia de la samaritana es el ejemplo de un texto que revela ambas dimensiones del viaje espiritual y nos anima como lectoras del texto a identificarnos con su lucha. La narración presenta a una mujer sin nombre, que a diferencia de Nicodemo, en el capítulo anterior del evangelio de Juan, no tiene nombre ni poder ni status ni cualificaciones teológicas a su favor. También nosotras somos mujeres sin nombre en la cultura patriarcal, pero afirmadas en la narración contra la clase teológica masculina. El género de mujer, unido a la raza y estilo personal de vida, hacen de ella una nulidad, un no ser, como sucede a muchas mujeres en nuestra sociedad. Jesús, sin embargo, toma en serio su humanidad así como toma en serio la nuestra. Al afirmarla, nos facilita el camino del autodescubrimiento. Precisamente en esos puntos donde una clase patriarcal y religiosa la juzga y nos juzga indignas, Jesús afirma nuestra dignidad. Sin embargo, en otros puntos Jesús nos desafía. El desafía aspectos de nuestra experiencia religiosa, desafía nuestro estilo de vida, no en un terreno moralista, sino en terrenos en que demasiado a menudo perseguimos el sentido de nuestras vidas en una relación patriarcal.

Entonces, por medio de una lectura comprensiva y compasiva del texto centrada en la mujer, encontramos al Jesús que fuera de las estructuras de muerte del pasado, nos ofrece vida y una auténtica espiritualidad femenina.

Volver a nombrar a Dios

Hasta ahora, he hablado de la forma como las mujeres pueden leer la Biblia en el contexto de la experiencia subjetiva.

Una posterior dimensión, sostenida por teólogas feministas, es la cuestión de cómo nosotras como mujeres debemos llamar a Dios, particularmente en el contexto de la oración.

Teológicamente, la Iglesia siempre ha estado consciente de que Dios no es masculino, aun cuando ha continuado llamando a la Trinidad exclusiva-

mente con imágenes y pronombres masculinos. La Teología feminista encuentra perturbante esta contradicción entre forma y sustancia. En términos de espiritualidad a nivel afectivo, esto es degradante para la mujer. Las imágenes y metáforas no son elementos decorativos añadidos a la verdad ya que contienen un significado en sí mismas. Al imaginar a Dios y nombrarlo con pronombres, en términos masculinos exclusivamente, *seguimos la respuesta instintiva del corazón a Dios*. En un nivel intuitivo, yo también experimento a Dios como masculino. Entonces, el nombrar a Dios, como toda nuestra teología, continúa necesitando redención.

Necesitamos aprender a renombrar a Dios para confirmar su imagen divina en nosotras, como mujeres, y nuestra incorporación mística a Cristo por medio del Bautismo.

Necesitamos entender que:

"Una espiritualidad saludable requiere una sanación de la imaginación que nos permitirá no sólo pensar diferentemente acerca de Dios, sino experimentar a Dios diferentemente". (SCHNEIDERS, Sandra: "Women and the word. The gender of God in the New Testament and the spirituality of women", New York, 1986, p. 19)

Además, en términos teológicos, el re-nombrar a Dios es un camino de afirmación del Misterio de Dios, salvaguardándonos de la idolatría de absolutizar cualquier imagen o concepción teológica de Dios. Nos salvaguarda también de hacer ídolos masculinos.

La espiritualidad significa encontrarse con el misterio de Dios en una forma que socava nuestra tendencia humana de domesticar a Dios. Un re-nombramiento feminista de Dios, en el contexto de la oración, nos abre al misterio y alteridad de la presencia divina.

Una vez más, la Biblia juega un papel importante en el proceso de re-nombrar a Dios como una vía de reflexión y de nutrición de la espiritualidad de la mujer.

Las imágenes bíblicas de Dios son abrumadoramente masculinas. Una "hermenéutica de la sospecha" anima a las mujeres a confrontar la realidad de la Escritura a este respecto, reconociendo que el texto surge de un contexto específico con toda su fuerza y limitaciones.

El renombrar a Dios, en la experiencia espiritual de la mujer, comienza reconociendo y respetando la naturaleza antigua del texto bíblico. Al mismo

tiempo, la Biblia ofrece a las mujeres un gran número de puntos de arranque para renombrar a Dios.

Primero, cuando presenta por ejemplo a la comunidad de fe, en varios momentos de su historia, luchando por renombrar a Dios a la luz de las cosas nuevas que Dios ha hecho.

Repetidas veces en el Antiguo y Nuevo Testamento, Dios se revela de maneras distintas. Las tradiciones del pasado no son tanto desechadas, como re-interpretadas a la luz de lo nuevo.

Las mujeres somos desafiadas a comprometernos en este mismo proceso: la misma dinámica de abrazar y renovar las tradiciones del pasado. El que es el mismo ayer, hoy y siempre (Heb. 13,8), es el mismo que se revela de nuevo a cada generación.

Segundo, la Biblia misma ofrece un rango de imágenes femeninas que proveen la base para nuestro renombramiento de Dios. La primera de éstas es la de Sofía o Señora de Sabiduría.

La Sofía se encuentra primeramente en la literatura sapiencial del A.T. y en la Literatura intertestamental, pero también está llamativamente presente en el NT. La Sofía, en la literatura sapiencial, es claramente no sólo una personificación, sino también una manifestación de Dios:

"En ciertos textos, la Sofía es en realidad, Dios mismo, en su actividad en el mundo. Dios imaginado como un sujeto actuante femenino" (JOHNSON, Elizabeth: "Jesus, the Wisdom of God: a biblical basis for non-androcentric Christology" Ephemerides Theologicae Lovaniensis, vol 61 (1985), p.275)

Esto es propuesto en el N.T. donde Jesús se presenta como el mensajero o como la presencia encarnada de la sabiduría de Dios.

La Sofía es presentada como anfitriona en un banquete llamando generosamente a todos a compartir su divina y pródiga hospitalidad. (Prov. 9,1-6; Eccl. 24,19-21; Jn. 6,35.51-53).

Ella invita a cargar con el yugo suave que graciosamente los conforta y da significado y dirección a sus vidas (Mt. 11,28-30; Eccl. 51,26-27). Acude a los pobres y hambrientos alimentándolos y satisfaciendo sus más profundos anhelos.

Más que cualquier otra figura, la Sofía personifica el rostro femenino de Dios en la Escritura. Sus características divinas la convierten en un recurso dinámico para la espiritualidad de la mujer.

Además de la Sofía o sabiduría, en el AT se usan imágenes maternas de Dios: dando a luz, dando de mamar y alimentando (Jb. 10,10-11; Jos 11,3-4; Is 42,14; 66,13). Similarmente se encuentran imágenes femeninas en el NT. La imagen del nacimiento permanece en la base de la conversación de Jesús con Nicodemo en Juan 3, donde el Espíritu divino misteriosamente da a luz a los creyentes como hijos de Dios.

Jesús usa imágenes maternas, como por ejemplo, en el lamento de Jesús sobre Jerusalén, que representa una antigua tradición en los evangelios de Mateo y Lucas (Mt 23,17; Lc 13,20-21).

Hay más imágenes femeninas de Dios, como el ama de casa (Lc 15,8-10) o la mujer que amasa pan (Lc 13, 20-21; Mt 13,33). A pesar de ser tan claro, en estas dos parábolas, el vínculo entre Dios y la mujer en el centro de la historia, a menudo se convierten en parábolas diferentes que tienen un protagonista masculino. Estos textos, llevados a la oración y reflexión, serán fuentes fructíferas para el renombramiento de Dios en el contexto de la experiencia vital. Por supuesto que tales textos tienen capacidad para nutrir tanto la experiencia espiritual del hombre como de la mujer.

Conclusión

La oración como diálogo

El modelo del diálogo es el más útil para nuestra comprensión de la Biblia y para nuestra espiritualidad, desde la perspectiva feminista.

La oración es un diálogo entre Dios y yo. Con o sin palabras, en la oración luchó por comunicar mi más profunda interioridad a Dios y abrirme a la auto-comunicación de Dios. La Biblia juega un papel clave en esta comunicación del corazón: es el canal que faculta mi autoconocimiento y el conocimiento intuitivo de Dios. Cuando se usa la Biblia de esta forma, más como una fuente fecunda de oración que como un manual de teología o garantizador de la verdad, le habla a través de los siglos a la experiencia vital de la mujer, en un diálogo creativo y mutuo. Las teólogas feministas afirman, con insistencia, que la teología bíblica parte siempre de la experiencia humana, sin desestimarla o descartarla.:

"La autoridad de la experiencia de la mujer es una norma para la veracidad de la tradición". (FISHER, Kathleen: "Women at the well. Feminist perspectives on spiritual direction", London, 1988, p.6)

Una espiritualidad bíblica y auténtica de la mujer necesita comenzar con la experiencia -nuestra experiencia particular- como mujeres en una Iglesia y mundo patriarcales, nuestra única experiencia como seres humanos.

Tal aproximación a la espiritualidad y a la oración, que parte de la experiencia vital, no implica que nuestra experiencia femenina sea el único árbitro de autoridad. La teología feminista necesita ser consciente de los peligros del "entusiasmo religioso", un fenómeno que ha seguido las huellas de ciertas formas de protestantismo y degenera en fanatismo religioso e ideológico. Por esta razón, se necesita mantener la integridad de la Biblia como la contraparte en este diálogo.

Como ya hemos visto, tal espiritualidad no está basada en una afirmación acrítica de la experiencia de la mujer. La experiencia espiritual de la mujer ciertamente critica a la Biblia, pero al mismo tiempo se abre a sí misma paradójicamente a la crítica de la Biblia.

La teología feminista y la espiritualidad que ignoran el papel crítico y la autoridad de la Biblia, para la experiencia de la mujer, crean una forma nueva de hegemonía y hacen de la experiencia femenina un ídolo.

El papel del discernimiento, en la formación espiritual, es otra forma de hablar acerca de estas diversas autoridades competentes. A través de la oración y la reflexión, la mujer discierne la verdad viva de la Biblia y la verdad viva sobre nosotras. Cada una tiene su propia integridad y su propia autoridad. La espiritualidad feminista tiene por tanto un importante reto que asumir en el contexto de la espiritualidad cristiana tradicional. Su desafío fundamental es la lectura de la Escritura y la pregunta de cómo el texto bíblico debe ser interpretado en el contexto moderno. El modelo hermenéutico más creativo es el de una complementariedad en el cual la Biblia interactúa en diálogo con la experiencia de la mujer.

La espiritualidad feminista comienza con una afirmación bíblica y teológica de nuestra experiencia corporal y nuestro poder humano creativo. Además de esta afirmación, viene la autenticidad de la oración como una fuente de agua viva que trae fortaleza y crecimiento.

“Un reclamo del poder femenino comenzando con la semejanza de la mujer a lo divino, la rehabilitación de lo corporal como lugar de la semejanza divina y el derecho de la mujer a participar en el desarrollo de la religión y la cultura”. (SCHNEIDERS: “Beyond patching”, pp.80-81)

Tal espiritualidad implica, para la mujer, no el rechazo de la religión bíblica ni de la tradición, sino más bien una relectura imaginativa y radical del texto.

La Biblia se vuelve el pozo en el cual la mujer es invitada a beber del agua de la vida. En interacción con nuestra experiencia vivida como mujeres, el agua del pozo calma nuestra sed por la vida, nos nutre en una espiritualidad honesta y vibrante y nos arrastra más profundamente al abrazo materno de la Trinidad.

(De la revista *THE WAY* -114 Mount Street, London, W1Y Gan- Vol.32, No.1, Enero 1992, pp. 23-32. Traducido por Jorge Moreno)

CREDO DE LA MUJER

*Creo Señor en tu proyecto histórico
de vida,
donde me reivindicas como ser humano
donde yo, MUJER
Latinoamericana, y Caribeña,
mujer negra, indígena, mestiza y blanca,
asumo mi papel como generadora
y transformadora de la vida
en la diaria rutina.*

*Creo en la preparación de los alimentos
en el lavado de ropa y limpieza de la casa.*

*Creo en el regateo del mercado
en la relación con nuestros vecinos.*

*Creo en el compañero que me acompaña
en el amor que me da
y el compartir la cama con él.*

*Creo en los HIJOS que hemos procreado,
en su bullicio que pone a prueba nuestra paciencia
y en la responsabilidad de educarlos
libres y justos.*

*Creo en el cansancio final de la jornada
en el corto descanso con la noche
y en la esperanza de un nuevo amanecer.*

*Creo en nuestra naturaleza solidaria
al compartir iguales problemas,
luchas y esperanzas con otras mujeres
que nos une, nos fortalece
y nos permite encontrar el camino
junto al pueblo,
descubriendo nuestra propia identidad.*

*Creo, SEÑOR en tu presencia entre nosotras
en la muerte y resurrección de cada
mujer y varón
por alcanzar tu sueño, NUESTRO SUEÑO*

Creo, SEÑOR, en tí, que me hiciste mujer.